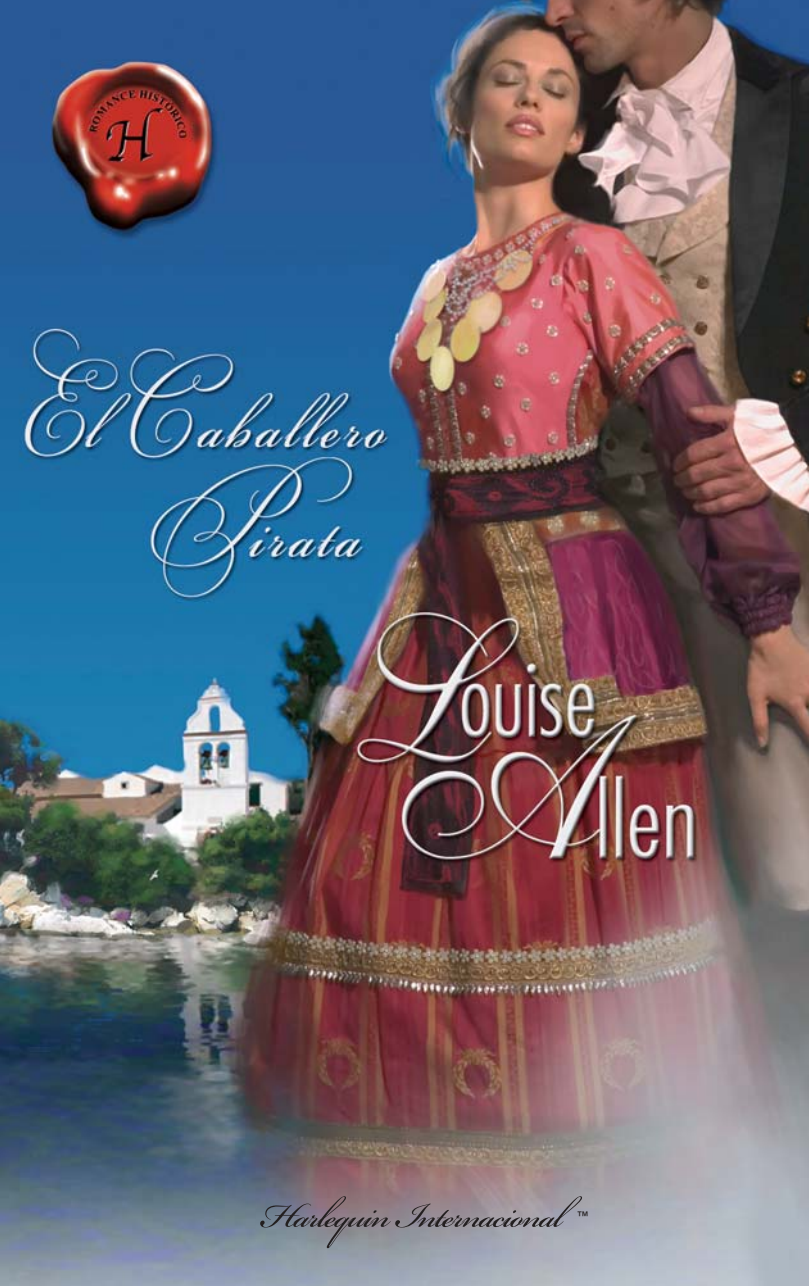
ROMANCE HISTÓRICO

H

El Caballero Pirata



Louise Allen

Harlequin Internacional™

El Caballero Pirata

Louise Allen



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2007 Melanie Hilton. Todos los derechos reservados.
EL CABALLERO PIRATA, Nº 423 - 1.1.09
Título original: A Most Unconventional Courtship
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-6887-7
Depósito legal: B-49548-2008

Uno

Ciudad de Corfú. Abril 1817

Alguien estaba intentando cometer un asesinato, y aparentemente lo estaba haciendo frente a su puerta. Los sonidos eran inconfundibles. El cuero de las botas sobre los adoquines, los golpes de madera sobre la carne, el estruendo de los metales, las respiraciones desesperadas y jadeantes.

Alessa suspiró y se colocó la cesta de mimbre sobre la cadera. Regresó sobre sus pasos hasta doblar la esquina para esconderse entre las sombras, donde pudiera ocultar su cargamento sin ser vista. A las once de la noche, los familiares callejones de Corfú estaban tranquilos, aparentemente desiertos, pero no cometió el error de pensar que no había merodeadores acechando.

Había al menos uno situado en la pequeña plaza formada por la parte de atrás de la iglesia de San Stefanos, la panadería Spiro y dos casas, cuyos techos eran tan altos que la luz apenas penetraba durante unas pocas horas al día. Alessa se agachó

para sacar de la funda el cuchillo que llevaba en la bota y se escondió entre las sombras.

Mientras doblaba la esquina, a través del estrecho pasadizo que daba al patio, miró instintivamente hacia atrás, buscando una luz que pudiera proyectar una sombra y revelar su presencia. Pero llegaba de la oscuridad, y la escena que tenía ante sí estaba bien iluminada por el farol de la puerta de Spiro, por el brillo de las cristaleras de la iglesia y por la lámpara de aceite que Kate había dejado en la entrada compartida cuando comenzó a oscurecer.

Su visión quedó bloqueada por un par de hombros. El dueño de aquellos hombros estaba apoyado en la pared, apretando los dientes. Alessa aspiró un intenso aroma a pescado y ajo que le resultó tan familiar que tuvo que arrugar la nariz. Georgi, el pescador de calamares, siempre cerca de cualquier acontecimiento del barrio del que pudiera obtener beneficios sin mayor esfuerzo.

Alessa se situó tras él y presionó la punta del cuchillo en su espalda. Georgi dio un respingo y se quedó quieto.

—*Hérete*, Georgi —murmuró Alessa en griego, obligándose a permanecer lo suficientemente cerca para poder susurrarle al oído—. Creo que deberías estar en otra parte ahora mismo. ¿Quieres que los hombres del Alto Comisionado sepan exactamente lo que haces cuando sacas tu kaïki en una noche sin luna, Georgi? Creo que se mostrarían muy interesados si alguien se lo dijera.

Georgi murmuró en voz baja, se dio la vuelta

y desapareció en la oscuridad. Alessa esperó unos segundos hasta dejar de oír el ruido de las botas sobre los adoquines; luego ocupó el lugar de Georgi.

Había dos hombres peleando allí. Reconoció a uno de ellos: el Gran Petro, un criminal que no fingía tener otra ocupación, se encontraba empuñando un garrote en una mano y un cuchillo en la otra. Frente a él, esquivando los golpes, había un completo desconocido. Por un momento Alessa creyó que iba armado con un espadín, pero luego se dio cuenta de que su única arma era un delgado bastón que utilizaba para parar el cuchillo.

«No podrá con él», pensó Alessa. Se trataba de un elegante caballero vestido de noche. Sólo el sombrero tirado en el suelo y el pelo revuelto indicaban la falta de confianza en sí mismo. Tenía la atención puesta en su oponente y, si no hubiera sido Petro, podría haber tenido alguna posibilidad de escape. Pero el corpulento Petro era un asesino, y ningún caballero inglés recién llegado a la isla podría ser rival para él.

Alessa se dio la vuelta y caminó hacia los escalones de su puerta, sintiendo cómo crecía su irritación ante aquella muestra de violencia en su territorio, bajo la ventana de los niños. El extraño estaba haciendo retroceder a Petro; o más bien el corfiota estaba cediendo terreno. Entonces vio por qué: oculto en la sombra, al pie de la fuente se encontraba el desagüe, como una trampa esperando a algún pie desprevenido. El desconocido metió el pie en el

agujero y cayó sobe una rodilla. Mientras lo hacía, logró levantar el bastón para defenderse, pero Petro golpeó el bastón con el garrote, volvió a levantar el arma y golpeó en la cabeza al hombre, que cayó al suelo al pie de la fuente. En ese momento, Petro se acercó a él con un murmullo de satisfacción y empuñó el cuchillo con fuerza.

No, aquello era demasiado. El asesinato, aunque fuera el de los impertinentes turistas ingleses, era algo que Alessa no toleraría frente a su puerta. Giró el cuchillo en la mano, se acercó a Petro y le golpeó con el mango en el punto situado entre el cuello y el hombro, justo como le habían enseñado. Sintió el dolor en su propio brazo debido al golpe, pero Petro se derrumbó con un gemido y quedó tendido a los pies de su víctima, lo que significaba que ahora tenía a dos hombres inconscientes en su patio. Uno de ellos probablemente se despertaría con ganas de matar. El otro probablemente llamaría a gritos al Alto Comisionado, al ejército, a la marina y a su criado; o sería asesinado por cualquier ladrón antes de recuperar la consciencia. Y, por pura humanidad, no podía dejarlo allí, por muchas molestias que le causara.

Con un suspiro de resignación, Alessa subió los peldaños, abrió la destartalada puerta de madera y gritó:

—*Éla*, Kate! ¿Kate, estás ahí?

Se oyeron pisadas en el piso de arriba y, segundos después, una mujer asomó la cabeza por la barandilla.

—Estoy aquí. ¿Necesitas ayuda con la cesta?

—No, necesito ayuda con un hombre —contestó Alessa—. ¿Está Fred contigo?

—Está terminando de cenar. ¿Alguien te está dando problemas? Creí haber oído una pelea. ¡Fred!

—¿Sí, amor? —una cabeza morena apareció en la barandilla junto a la de Kate—. Buenas noches, Alessa.

Bajaron las escaleras y se reunieron con ella.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó el sargento Fred Court al contemplar los cuerpos tendidos frente a la casa.

Kate, el amor de su vida, amiga y vecina de Alessa, se rascó la cabeza, revolviéndose el pelo más de lo habitual.

—¿Quiénes son, Alessa? ¿Están muertos?

—Uno es un lord inglés, algún turista estúpido que se metió aquí y se encontró con el Gran Petro y con su amigo Georgi. Dios sabe si está muerto; Petro le golpeó en la cabeza con fuerza. Sin embargo Petro no tendrá más que un leve dolor de cabeza.

—Será mejor que lleve al inglés de vuelta a la residencia del lord Alto Comisionado —dijo el sargento Court frotándose la barbilla con la mano—. Dejad que vaya a por mi chaqueta y me lo llevaré.

—No dudo que puedas —le dijo Alessa—, pero te llevará media hora y no le servirá de nada estando en ese estado. Creo que será mejor meterlo dentro.

—¿Quieres que lleve un mensaje a la residencia de todos modos? —preguntó Fred, y empujó con un pie el cuerpo inerte de Petro para poder agacharse y levantar a la víctima.

—No, no te molestes. Se te hará tarde. Enviaré a Demetri por la mañana. Ahora voy a por la cesta de la colada.

Fred ya estaba dentro subiendo las escaleras con el desconocido al hombro cuando Alessa regresó con la cesta. Kate se la quitó de las manos y puso cara de sorpresa al notar el peso.

—¡Pensé que éstas eran las prendas finas! ¿Es que llevan encaje a montones ahora? Ve a sujetarle la cabeza, Alessa. Fred no está teniendo mucho cuidado.

Alessa subió las escaleras tras el sargento y evitó que la cabeza inconsciente del inglés se golpeara contra las paredes. Masculló en voz baja al ver las manchas de sangre en los peldaños que Kate y ella mantenían impolutos. Fred estaba mostrando el mismo odio silencioso que casi todos los soldados sentían por sus lores, y Alessa no podía culparlo. ¿Qué hacía aquel idiota temerario merodeando por las calles a esas horas de la noche? Metiéndose en problemas y causándole molestias a la gente trabajadora. Eso hacía.

—Será mejor que lo coloques en el sofá —dijo Alessa mientras retiraba de encima un puñado de telas y una muñeca de trapo—. ¿Los niños están dormidos, Kate?

—Como troncos. He ido a verlos hace menos

de diez minutos y he comprobado que el fuego no se hubiese descontrolado —contestó su amiga, y señaló con la cabeza hacia la bóveda de hierro que protegía las ascuas en la chimenea de ladrillo situada en una esquina.

Alessa buscó en una cómoda y encontró una almohada y una colcha. Miró entonces al desconocido. Su cabeza había dejado de sangrar, pero no parecía estar cerca de recuperar la consciencia.

—Supongo que será mejor que lo vigile. Cayó con fuerza y se torció el tobillo además. Y, por supuesto, Petro le dio un buen golpe con el garrote para dejarlo inconsciente antes de clavarle el cuchillo.

—Cierto. Vamos a ponernos con ello —Kate se remangó y reveló unos antebrazos musculosos—. ¿Qué estás mirando, Fred?

Su amante se apartó de la ventana por la que había estado mirando.

—El Gran Petro se acaba de despertar y se está frotando la cabeza. Dudo que sepa lo que ha ocurrido. ¿Necesitáis ayuda? Yo tengo que volver pronto al fuerte.

—Nos las apañaremos, gracias, amor —Kate lo siguió hasta el descansillo para despedirse, y dejó a Alessa sola con el desconocido. ¿Qué había en él que resultaba tan inglés? Su piel, para empezar; estaba bronceado, probablemente después de haber pasado semanas en el mar, pero el color era el dorado de una piel clara, no la piel tostada de los mediterráneos. Su pelo era castaño,

lo cual seguramente indicaba que no se trataba de un escocés, que creía que eran pelirrojos; ni tampoco de un galés, pues ellos tenían el pelo negro a juzgar por el regimiento estacionado en el viejo fuerte. El pelo había adquirido reflejos dorados debido al efecto del sol.

—Es un buen traje inglés —observó Kate al regresar a la habitación y fijarse en el tejido del abrigo—. Es un chico guapo.

—No es tan chico —dijo Alessa. Debía de tener casi treinta años. Y «guapo» tampoco era la palabra. Era demasiado masculino para eso, a pesar de sus rasgos uniformes y elegantes, que contrastaban ampliamente con los de Fred.

—Para mí sí lo es; no olvides que te saco algunos años. ¿Quieres vendarle la cabeza o le quitamos la ropa primero? He subido una camisa vieja de Fred; creo que le servirá para dormir.

—Gracias. Vamos a ver el daño —entre las dos consiguieron dejar al desconocido sólo con la camisa y los calzoncillos. Alessa dejó a un lado el pañuelo del cuello y las medias y colgó el abrigo y los pantalones en el respaldo de una silla—. Debía de estar alojado esta noche en casa del lord Alto Comisionado —dijo mientras señalaba la elegancia de las prendas—. Justo lo que uno quiere llevar puesto para deambular por callejones oscuros.

Kate estaba observando las piernas estiradas sobre el cuero del sofá.

—No me gusta el aspecto de ese tobillo. ¿Es sangre lo que tiene en la cadera?

—Lo es —contestó Alessa, contemplando la mancha que se filtraba a través de la camisa y los calzoncillos—. Se golpeó contra la base de la fuente; sólo espero que no se haya roto nada. Supongo que tendremos que quitarle el resto de la ropa para asegurarnos.

Le quitaron los calzoncillos con más cuidado del que habían tenido con los pantalones y las medias de seda. Alessa le levantó la camisa por encima de la cabeza y se quedó con la boca abierta al ver el golpe de la cadera. Tenía un cardenal del tamaño de un plato y un corte por el que brotaba la sangre.

—¡Santo cielo! —exclamó Alessa, se arrodilló junto al sofá y comenzó a manipularle la pierna. Tenía una torcedura en el tobillo, pero los huesos no parecían rotos. La pantorrilla y el muslo no parecían dañados. Comenzó a moverle la pierna, presionando con una mano su cadera para advertir cualquier indicio de rotura.

—Muy guapo —insistió Kate—. Creo que no había visto nada así desde…

—¡Kate! ¡Por el amor de Dios! Eres prácticamente una mujer casada y yo estoy criando a un chico. Ninguna de las dos deberíamos escandalizarnos por ver a un hombre desnudo… —Alessa dejó de fijarse en las lesiones y siguió la mirada de Kate. Sí, bueno, quizá un extraño adulto y desnudo fuese muy diferente a un niño de ocho años. Llegados a ese punto, era muy diferente a las clásicas estatuas de mármol de hombres desnudos que

adornaban la residencia del Alto Comisionado. Aquél no era un púber. No se trataba de un pedazo de piedra blanca tapado con una hoja de higuera. Aquél era un hombre adulto y musculoso con vello en el pecho y en…

—Está muy bien…

—¡Ni te atrevas a decirlo, Kate Street! Deberías estar avergonzada. Ahora eres una mujer respetable y yo… yo estoy atendiéndolo desde el punto de vista médico —dijo Alessa, agarró el pañuelo del cuello y lo colocó estratégicamente sobre el centro de las miradas de Kate. Consciente de que le ardían las mejillas, concluyó su examen médico—. No tiene nada roto, de eso estoy segura, aunque probablemente no debería intentar levantarse mañana. Le pondré una cataplasma en la cadera.

Kate, que finalmente había terminado con su escrutinio, comenzó a recoger las prendas tiradas por el suelo y las llevó a una de las pilas de agua situadas contra la pared.

—¿Meto el resto de cosas a remojo también?

—Por favor —contestó Alessa, y miró la delicada lencería de las damas del Alto Comisionado mientras Kate la sumergía en la pila. Era una valiosa fuente de ingresos y no podía arriesgarse a que sufrieran ningún daño; pero Kate, a pesar de sus manos fuertes, las trataba con cuidado.

Sacó del armario ungüentos, vendas y telas de camisa y las colocó en el suelo. La herida en sí misma era fácil de cubrir, pero colocar la venda alrededor de las caderas resultaba inquietante, y

Alessa supo que se le había puesto la cara roja antes de haber terminado. «Contrólate, chica», se dijo a sí misma, y comenzó a vendarle el tobillo. La herida de la cabeza no parecía necesitar vendaje, de modo que estaba lista cuando Kate terminó de lavar las prendas.

—¿Estarás bien con él aquí? —preguntó Kate cuando el desconocido estuvo decentemente cubierto, con la cabeza en la almohada y tapado con una colcha hasta la barbilla—. Puedo subir a pasar aquí la noche, si quieres —se ofreció antes de dar un trago a la copa de vino que Alessa le había entregado.

—Gracias, pero no. No me dará problemas; no con ese tobillo —contestó Alessa—. Es simplemente otra molestia más, y otra boca a la que alimentar.

—Sir Thomas se lo llevará antes de que acabe el día —dijo Kate—. Sea quien sea, el Alto Comisionado no querrá que los nobles ingleses deambulen por estas calles, eso seguro. ¡Buenas noches!

Alessa cerró la puerta cuando su amiga se marchó y comenzó con sus tareas nocturnas. La ropa limpia para el día siguiente, encontrar la pizarra de Demetri, alisar los puntos de las labores de Dora para que las monjas no se escandalizaran demasiado, comprobar que hubiera suficiente leña para la chimenea…

Se dio cuenta de que casi no estaba haciendo nada, pero estaba demasiado cansada como para

irse a dormir; demasiado inquieta como para intentarlo. Dio un respingo al oír un suspiro proveniente del sofá, pero el hombre seguía inconsciente. Alessa vaciló un instante, contemplándolo. ¿Por qué le resultaba tan inquietante? Significaba trabajo de más, además se metería en problemas con ciertas personas por ayudarlo; y, finalmente, ese desconocido representaba las tres cosas de las que más desconfiaba en el mundo: era inglés, era aristócrata y era hombre.

Tratando de ser justa, Alessa se sentó y lo observó. Tal vez no fuera inglés, ni aristócrata, y no todos los hombres eran malos. Sólo la mayoría. Lo más seguro sería tratarlo con la más profunda de las desconfianzas y librarse de él lo antes posible.

Si al menos no sintiera la necesidad de tocarlo, de deslizar los dedos por su pelo, de disfrutar del tacto de su piel bronceada y tersa. Acariciar esos labios con los suyos y… Alessa se apretó las manos sobre el regazo y se quedó mirando al desconocido. Brujería. No era que creyese en eso, a pesar de lo que le hubiera dicho en varias ocasiones la anciana Agatha, su vecina del campo. No, el único hechizo allí era el efecto que un atractivo y misterioso desconocido producía en una mujer cansada que hacía tiempo había perdido la esperanza de encontrar al hombre adecuado.

—Y aunque existiera, desde luego no eres tú —dijo mientras se ponía en pie para ir a retirar del fuego la vasija de agua que había colocado en la chimenea.

En el dormitorio, se quedó de pie unos segundos con la espalda hacia la puerta, contemplando la escena. Al menos aquello era normal, una paz temporal, y su única fuente segura de felicidad. Tras un biombo dormía Demetri con la cabeza sobre las sábanas, revueltas como sólo un niño de ocho años luchando contra piratas podría revolverlas. Al otro lado de la habitación, a un lado de la cama, Dora yacía acurrucada; sólo se le veía la punta de la nariz y sus rizos negros revueltos sobre la almohada.

Alessa fue a acariciar a los niños mientras iba desvistiéndose. Después de lavarse con agua caliente, se fue a la cama. Se acostó con cuidado de no despertar a Dora y se durmió escuchando la respiración de los niños.

Debían de haber pasado horas cuando los maullidos y bufidos de una pelea de gatos en el tejado de la panadería la despertaron. Alessa abrió un ojo y escuchó atentamente para ver si se habían despertado los niños. Entonces fue plenamente consciente de lo que estaba haciendo. Estaba abrazada a la almohada, sujetándola con ambos brazos como si fuera un amante. La soltó inmediatamente y la colocó de nuevo en el cabecero de la cama. Dios sabía con qué habría estado soñando. Cuanto antes se librara de aquel hombre, mejor.

Dos

La cama no se movía, lo que significaba que estaba en tierra, lo cual era bueno. Allí era donde se suponía que debía estar: en la cama, en tierra. El único problema era que no recordaba haberse metido en su cama; ni en la de nadie más. Chance se quedó muy quieto. El tremendo dolor de cabeza podría ser una de las razones por las que los recuerdos de la noche anterior aparecían borrosos, aunque también podía deberse a la ingesta masiva de licor, lo cual no recordaba. Pero había alguien más en la habitación. Aún no había conseguido un criado; estaba bastante seguro de que se acordaría si hubiese tenido compañía femenina; la única posibilidad que quedaba era que se tratase de un ladrón.

Aunque… se trataba de un ladrón muy ruidoso. Se oían pisadas amortiguadas sobre las tablas del suelo, y el sonido ocasional de lo que parecían ser cacerolas; y alguien, o algo, respiraba como un animal a pocos centímetros de su cara.

Y el olor… eso tampoco podía ser bueno.

Madera quemada, hierbas, jabón, comida. ¿Una cocina? Chance abrió los ojos y se encontró cara a cara con una niña. La niña dio un respingo y él se dio cuenta de que había dos; de ojos marrones y piel morena, con los mismos rizos negros e idéntica expresión de curiosidad.

—¡Está despierto! —exclamó la niña pequeña.

—¡Shh! ¿Qué te he dicho sobre lo de colocarte tan cerca? Ahora has despertado al señor —la voz que oyó sonaba clara, flexible y, aunque pretendía reprender, ni Chance ni la niña cometieron el error de pensar que la persona estuviera enfadada. Entonces su cerebro comenzó a funcionar y se dio cuenta de que ambas hablaban en inglés. Le pareció que lo más educado era corresponder al esfuerzo.

—*Kalíméra* —dijo él.

Hizo que la niña comenzara a reírse a carcajadas.

—¡Habla griego!

El niño, que había estado observándolo de cerca, comenzó a decir lo que parecían ser preguntas en griego.

—Um… —comenzó Chance—. *Parakaló*, *miláte pio sigá*…

—No lo habla muy bien —le dijo el niño en inglés a la mujer, que permanecía oculta—. Yo hablo inglés, italiano, francés y griego, todos perfectamente —la mujer se rió—. Bueno, mi francés no es perfecto, pero sólo tengo ocho años y él es un hombre.

—Yo hablo inglés, francés, italiano, latín y grie-

go clásico. Todos perfectamente —contestó Chance. Y luego pensó: «¿Qué hago fanfarroneando delante de un niño de ocho años?".

—¿El griego que hablaban los héroes?

—Sí. Como lo hablaban Paris, Héctor y Aquiles —el niño se quedó mirándolo asombrado—. Me temo que no sé dónde estoy ni cómo he llegado aquí —y tampoco sabía por qué no se levantaba para averiguarlo. Se incorporó levemente sobre el sofá y volvió a derrumbarse—. ¡Maldición!

—¡No delante de los niños! —exclamó la mujer.

—Lo siento —dijo mientras se giraba, tratando de ignorar el dolor que sentía en la cadera y en el tobillo—. No esperaba que fuese a dolerme nada.

—¿No recuerda nada de anoche? —preguntó su interlocutora, que finalmente apareció ante sus ojos. Hubo varios segundos de confusión y Chance se dio cuenta de que se había quedado con la boca abierta.

—No recuerdo nada, y estoy seguro de que me acordaría de usted —tendría que estar muerto para no acordarse, pensó al ver aquella figura alta y esbelta delante de él, con las manos en las caderas y expresión de desaprobación en su rostro ovalado.

Una auténtica belleza griega, pensó al ver aquella melena negra y el traje típico de la isla, compuesto de una falda negra y un corpiño bordado que resaltaba sus curvas.

Entonces se fijó en sus increíbles ojos. ¿Griega? No podía ser. No con aquellos ojos verdes. Y su acento era claro.

—Es usted inglesa.

Ella no respondió, pero en su cara pudo verse la rabia contenida.

—Niños, presentaos y luego dejad en paz al caballero.

—Yo soy Dora y éste es Demetri —dijo la niña, y le dio un codazo a su hermano—. No te quedes mirando, Demi. Dice que puede hablar como los héroes, no que sea uno de ellos —le dirigió una sonrisa y se alejó, tirando de su hermano.

—Remueve la cacerola, Dora, por favor —dijo la mujer—. Y, Demetri, trae más leña. No creo que trajeras mucha anoche, *óhi*?

Aquellos ojos verdes se dirigieron entonces hacia Chance.

—Puede llamarme *kyria* Alessa. Fue atacado por dos hombres en el patio que hay debajo de mi casa anoche. Se torció el tobillo con el desagüe, cayó contra la base de la fuente y se golpeó en la cabeza. ¿No recuerda nada?

Chance se incorporó sobre los codos de nuevo y ella le colocó la almohada bajo la espalda. Se apartó rápidamente nada más hacerlo, como si Chance tuviese una enfermedad contagiosa.

—Recuerdo jugar a las cartas en la residencia… la residencia del Alto Comisionado —explicó. Era mi primera noche en la isla. Sir Thomas me había presentado a varios caballeros, su portero me había encontrado alojamiento. Descubrí que estaba más cansado de lo que pensaba, así que me excusé y me marché… Creo

recordar que me ofrecieron un lacayo con una antorcha, pero la noche era clara y parecía haber luces por todas partes, así que rechacé la oferta.

—Una decisión estúpida en una ciudad desconocida —dijo ella—. ¿Dónde se hospeda?

—En el fuerte; el Paleó Frourio.

—¿Entonces qué diablos estaba haciendo aquí, en mitad de la ciudad, casi a medianoche?

—El aire nocturno me despejó; pensé que iba a explotar. ¿Por qué te molesta tanto?

Cualquier otra mujer que conociese se habría sonrojado y echado atrás ante una reprobación masculina tan firme. Pero aquélla no. Simplemente arqueó las cejas y sonrió como si estuviera complaciendo a un niño.

—¿Aparte de por el hecho de que fuera asaltado por dos criminales en mi puerta? ¿Aparte de que vaya por una ciudad desconocida presumiendo con su bastón plateado, alardeando de dinero y de ropa cara para atraer a los criminales? ¿Aparte de porque todo eso haya ocurrido bajo la ventana de los niños y de que yo tenga que cargar con las consecuencias?

—Supongo que debo darle las gracias a tu marido por el rescate, *kyria*.

—No estoy casada.

Entonces sería viuda, y muy joven. ¿Qué tendría? ¿Veinticuatro?

—Siento tu pérdida. ¿Quién me rescató entonces de los asesinos?

—No hay ninguna pérdida —dijo ella—. Y fui yo la que se encargó de ellos.

—¿Tú? —se sentía incrédulo y no hizo ningún esfuerzo por disimularlo.

Como respuesta, la viuda se agachó y sacó un cuchillo de su bota. Lo sostenía como si supiera perfectamente cómo usarlo.

Chance lo contempló horrorizado.

—¿Los acuchillaste?

—Claro que no, no soy una asesina. A uno le sugerí que sería mejor que el Alto Comisionado no se enterase de sus andanzas, y al otro lo golpeé —giró el cuchillo sobre su mano y le mostró la empuñadura—. Cuando se despertó, se marchó. Pensé llevarlo a usted de vuelta a la residencia, pero era tarde. No sabía hasta dónde alcanzaban sus lesiones. Estaba cansada. Demetri llevará hoy un mensaje de camino al colegio.

—Gracias —no parecía que hubiese mucho más que decir, dado el torrente de emociones que comenzaba a formarse en su cabeza dolorida. Se sentía humillado por haber sido rescatado por una mujer, molesto por su actitud, físicamente dolorido y tremendamente excitado.

No tenía experiencia con brujas furiosas de ojos verdes; si le hubieran preguntado, nunca habría pensado que le resultaría atractiva una de ellas. Aquella, Alessa, le impactaba a un nivel que no comprendía. No era sólo su aspecto, que era admirable. Había una cualidad en ella que le hacía desear estrecharla entre sus brazos y borrar aquella mirada fría con su pasión.

Lo cual era imposible. Chance tenía un código

muy estricto en lo referente a mujeres; profesionales o damas de la alta sociedad únicamente. Y aquella joven viuda con sus hijos no era ninguna de las dos cosas.

—El desayuno está listo —dijo la pequeña Dora desde el otro extremo de la sala, donde no podía verla. Chance intentó de nuevo girarse y se detuvo en seco al sentir el dolor en la cadera.

—¿Tengo algo roto? —preguntó.

—No —contestó Alessa, se dio la vuelta de golpe con un brusco movimiento de la falda y le proporcionó una visión de sus enaguas, así como de las medias blancas que sobresalían por encima de las botas de cuero. Era un atuendo exótico y atractivo, aunque a la vez práctico.

Hubo una rápida discusión en griego. Chance se resignó al ver que no entendía nada y se relajó de nuevo sobre la almohada. Entonces apareció el niño, arrastrando un biombo que colocó alrededor del sofá.

—Es mío, pero te lo presto —anunció antes de desaparecer. Regresó de nuevo con un cuenco de agua, una toalla y jabón, que colocó en una silla junto a Chance—. Debes lavarte la cara y las manos antes de desayunar. Ah, sí, casi lo olvido —le entregó una vasija de loza cubierta con un paño y sonrió—. Tienes que colocarlo debajo del sofá cuando hayas terminado.

De modo que la rabia de Alessa no llegaba hasta el punto de tener que humillarlo haciéndole mencionar las necesidades básicas. Era algo por

lo que estarle agradecido. Al quitarse la colcha de encima, Chance descubrió que tal vez no estuviera tan agradecido después de todo. La camisa que llevaba puesta no era suya. Toda su ropa había desaparecido, y alguien le había vendado la cadera con mucha profesionalidad. Dudaba que fuese obra de Demetri.

Se adecentó de nuevo y esperó a que el chico reapareciera con algo de comida. En vez de eso, Alessa apartó el biombo y colocó en una silla un plato y un tazón. Luego se agachó para retirar la vasija del suelo.

—¿Fuiste tú la que me desvistió y me vendó las heridas?

—Sí —contestó ella—. La señora Street, mi vecina, me ayudó. Un hombre inconsciente no es fácil de manejar.

—Gracias, *kyria* Alessa. Deja que te recompense por los problemas que te he causado —dijo Chance.

—No es necesario. Los griegos consideran un deber sagrado cuidar de los extraños —contestó Alessa.

—Pero tú no eres griega, ¿verdad?

Una vez más, Alessa respondió a la pregunta ignorándola.

—Debería decirme su nombre para que Demetri pueda decirle al señor Harrison quién es.

—¿Harrison? —el nombre le resultaba vagamente familiar, y entonces lo recordó. Los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas comen-

zaron a reproducirse en su cabeza—. Oh, sí. El secretario de sir Thomas. ¿De qué lo conoces?

—Conozco a todo el mundo en la residencia —respondió ella sin dar más explicaciones—. ¿Su nombre? ¿O lo ha olvidado?

—Benedict Casper Chancellor. Mis amigos me llaman Chance.

Alessa ignoró la invitación implícita.

—¿Y el título?

—¿Qué te hace pensar que tengo título?

—La ropa, la elegancia, la manera de moverse. Tiene dinero y parece haber sido educado en estas cosas. Todo eso dice a gritos que es un aristócrata inglés.

—¿A gritos?

—Debería haber dicho susurros. Gritar sería muy vulgar y poco apropiado, por supuesto. Muy poco inglés. ¿Me equivoco?

—Soy el conde de Blakeney.

—Bien, milord, os sugiero que os comáis el desayuno y luego descanséis. Demetri le pedirá al señor Harrison que envíe una silla de ruedas esta tarde.

—Podré marcharme andando cuando haya comido y esté vestido, gracias.

—Podéis intentar levantaros y caminar, por supuesto —dijo Alessa con una educación desquiciante—. Y, si lográis, podéis tambalearos por las calles vestido con pantalones de satén, la camisa de un sargento y sin medias ni pañuelo para el cuello. Pero imagino que sir Thomas tendrá algo

que decir respecto a la impresión que eso causaría de los ingleses entre la gente de aquí —recogió el cuenco del agua y retiró el biombo—. Regresaré cuando haya llevado a Dora con las monjas.

Hubo discusiones sobre un lápiz desaparecido, el paradero de la chaqueta de Demetri, la cartera de Dora… pero finalmente la sala quedó en silencio.

Chance volvió a destaparse y se estiró para agarrarse al respaldo de la silla. Intentó levantarse y el esfuerzo hizo que el sudor comenzara a brotar de su frente. Consiguió ponerse en pie y descubrió que podía moverse, aunque con mucho dolor. Sin embargo, aquella pequeña bruja tenía razón; no podría llegar solo a la residencia, ni al viejo fuerte.

Vio su traje colocado en una silla y los zapatos debajo. Sudando y maldiciendo, atravesó la sala en busca de sus medias, utilizando los muebles como muletas. Alessa también tenía razón en eso; sería el hazmerreír caminando por las calles con ese aspecto.

Había pilas de madera alineadas en la pared, todas llenas de agua y ropa blanca. Metió la mano en una con la esperanza de encontrar sus medias; podría secarlas al fuego. La prenda que sacó era indefinible, pero desde luego no era suya. Dejó la prenda en el agua y buscó en la siguiente pila, de donde sacó una delicada camisola. Le recordó inevitablemente a una prenda que había visto en su última amante la noche en que se había despedido de ella.

Aquélla sí que era una mujer apropiada, pensó. Femenina, atenta, dispuesta a satisfacer sus deseos y mostrándose reticente a aceptar su dinero. ¿Por qué entonces se sentía mucho más atraído por Alessa que por el recuerdo de Jenny?

La gota de agua fría sobre su pie descalzo le recordó que estaba de pie, casi desnudo, sosteniendo una prenda íntima femenina en mitad de una casa en Corfú; y a merced de una viuda fría y misteriosa que podría regresar en cualquier momento. Chance dejó la camisola en la pila y regresó al sofá. Le molestaba admitirlo, pero probablemente Alessa tuviera razón; debería descansar si deseaba escapar de aquella pesadilla.

Alessa subió las escaleras y advirtió agradecida que Kate ya había fregado las manchas de sangre de los peldaños. Se turnaban para limpiar las zonas comunes, habiéndose resignado hacía tiempo a que la irresponsable familia del piso de abajo ignorase sus propias obligaciones.

De pronto oyó los sonidos de un altercado procedente de la puerta de abajo. Sandro probablemente estuviera siendo arrastrado por quedarse en la cama en vez de sacar su barco. Entre los pescadores trabajadores, él era una excepción bastante notable. No se oía nada en casa de Kate; sin duda estaría fuera comprando.

Alessa contó los tañidos de la campana de la iglesia mientras subía. Las nueve en punto. De

modo que lord Blakeney no la había retrasado mucho. Dos horas para hacer la colada y ponerla a secar, luego llegarían sus visitas habituales antes de que la ciudad entrase en su típica somnolencia vespertina. Probablemente el lord inglés tendría que tener paciencia hasta las tres, cuando la residencia enviara a unos sirvientes a recogerlo. A los turistas ingleses a veces les costaba trabajo acostumbrarse a la práctica mediterránea de descansar en mitad del día, aunque sir Thomas, con su experiencia en Malta, y con el calor sofocante de Ceilán, lo aceptaba sin cuestionarlo.

Alessa se detuvo frente a su puerta, dándose cuenta de que su corazón latía más deprisa de lo que debería por haber subido las escaleras. ¿De qué tenía miedo? Sólo era un hombre. Por mucha temeridad que hubiera mostrado la noche anterior, se había comportado con educación al despertarse y verse en un lugar extraño, dolorido y rodeado por una mujer hostil y dos niños.

Había reaccionado exageradamente, tenía que admitirlo, y suponía que debería disculparse. Colocó la mano en el picaporte y repasó sus excusas. Aquel hombre había llevado la violencia a su puerta, ella estaba cansada y él era un hombre muy atractivo. «Sí, bueno, Alessa, eso no vas a explicárselo, incluso aunque pudieras explicarte a ti misma por qué te afecta tanto», dijo una voz en su cabeza. Tomó aliento y abrió la puerta.

Tres

Lord Blakeney estaba recostado, pero las almohadas estaban al otro extremo del sofá, de modo que estaba mirando hacia la parte principal de la sala.

—¿Os habéis levantado de la cama? —preguntó Alessa, olvidando sus buenas intenciones, y escudriñó la habitación para ver qué más había hecho.

—Por supuesto —contestó él—. He leído tu diario, he encontrado dinero escondido detrás del ladrillo suelto de la chimenea y he dejado huellas de suciedad en las prendas que hay en las pilas —bromeó al ver su cara de desconfianza.

Ignorando la primera parte de su sarcasmo, pues no tenía diario y sus ahorros estaban entretejidos en las ristras de ajos que colgaban del techo, Alessa se centró en el último comentario.

—¿Y qué estabas haciendo con la colada? —preguntó.

—Buscando mis medias.

—Las tendréis cuando estén limpias, y no antes —contestó ella—. ¿Y cómo habéis logrado atravesar la habitación?

—He ido cojeando.

Debía de haberle dolido. Alessa sintió admiración por su determinación.

—¿Hay algo que necesitéis? —dejó la cesta de la compra y recordó que debía hacer las paces con él, no sermonearlo—. Lo siento si he estado… cortante esta mañana, milord. Estaba furiosa porque hubierais atraído a esos hombres hasta mi puerta.

—Yo también lo siento. Has hecho bien en reprenderme por ello. Debería haber sido más listo, como tú dijiste. Mi única excusa es el cansancio, el placer por estar de nuevo en tierra firme tras varios días en el mar y, aunque suene ridículo, el calor de la noche.

—¿Calor, milord? —Alessa se desabrochó el sombrero de paja y lo colgó tras la puerta antes de ponerse el delantal.

—Me gustaría que me llamaras Chance —dijo él con una sonrisa.

—Muy bien, Chance —se echó las manos a la espalda para atarse el delantal y vio cómo Chance miraba sus pechos apretados contra la camisa. La mirada duró sólo un segundo, y no fue acompañada del brillo lujurioso en los ojos que había llegado a esperar de los ingleses que habían pasado por la ciudad desde la retirada francesa. Sirvió vino en dos tazones, los rellenó con agua y le

entregó uno—. Estabais explicando por qué la noche cálida hizo que os mostrarais temerario.

Chance aceptó el vino, le dio las gracias y bebió.

—Estaba comportándome como un turista —admitió—. Una escena pintoresca, caras sonrientes, callejuelas intrigantes, una noche tranquila para pasear, las estrellas como diamantes en el cielo negro. ¿Quién habría esperado peligro?

Alessa arqueó una ceja y fue recompensada con una sonrisa burlona.

—Cualquier idiota, claro, aunque seas demasiado educada para recordármelo —dijo él—. Si hubiera estado en Marsella o en Nápoles, habría estado en guardia. Pero me arriesgué y pagué por ello, aunque no tanto como merecía, gracias a ti.

Alessa colocó el caldero en el fuego y lo llenó de agua. Luego comenzó a sacar prendas de las pilas, comprobando que no tuvieran manchas.

—¿Vuestro nombre se debe a que corréis riesgos? ¿O tal vez jugáis? Significa «riesgo» en inglés.

—¿Chance? —preguntó él—. No, simplemente es un acortamiento del nombre, de cuando era pequeño. La verdad es que soy respetable y sensato.

Alessa arqueó las cejas de nuevo. Era demasiado bueno para ser real: guapo, amable con los niños y respetable.

—Veo que no me crees.

—Si eso es así, no encajáis con el patrón de